

el paraíso artificial

por **CLAUDE ROY**

HABLAR de los Estados Unidos es hablar de la vuelta de la máquina de desvelar el tiempo. Es hablar de nosotros mañana. Se trate de negocios, de una juventud fantástica nueva. O de este «detalle»: la droga... Un toxicólogo de Denver —Colorado—, el doctor Dan Teitlebaum, dice: «En Denver, prácticamente todos los menores de treinta años fuman marihuana. Pero cierran la ventana para hacerlo. Si sus vecinos sintieran el olor de la hierba, llamarían a los "polis"». Otro toxicólogo californiano, el doctor Tony Rappolt, añade: «Aquí también cierran las ventanas. Pero por otra razón: cuando los vecinos perciben el olor, llaman a la puerta para fumar con ellos...». En Washington, el Departamento de Salud, Educación y Bienestar estima en siete millones el número de ciudadanos americanos



que fuman, bien las hojas del cannabis, bien la resina desecada de la planta o el hashish. No sé sobre qué razonamiento basa el H. E. W. Department su estadística. Especialistas aseguran que está probablemente por debajo de la verdad. G. Is., de regreso del Vietnam, afirman, que de diez soldados, nueve fuman. La policía de San Francisco no quiere comunicar las cifras recientes de detenciones por uso o venta de marihuana. Pero se conocen los datos desde 1963 a 1965: 21.931 detenciones sólo para California.

El «cocktail party» es una costumbre tribal americana perfectamente fatigosa. «Party» para encontrar a Fulanito o Menganita. Cincuenta o doscientas personas. Y se «encuentra» a todo el mundo. Y, por otra parte, a nadie. Se habla de todo. Y de nada. Dos horas con un vaso en la mano, de pie. El suplicio llega a su culminación cuando una tercera parte —soy modesto— de la asamblea comienza a estar borracha. Un americano sobre dos —soy modesto— tiene mal vino o triste.

Yo he corrido el riesgo más de veinte veces en América, como todo el mundo, como los famosos siete millones de americanos, de ser condenado desde quince días a varios años de prisión por estar en casas donde el dueño no ofrecía whiskies o «martinis», sino que proponía: «¿Quiere usted fumar?». Y se pasa de boca en boca el cigarrillo de «pot». Todo el mundo está tranquilo, relajado, de buen humor, alegre.

No se ve nunca un fumador de «pot» con «mal humo», como se suele ver a bebedores con «mal vino». Hay gente a la que le gusta el alcohol. Incluso hay alcohólicos. Pero, ¿es que la prohibición lo resuelve todo? La droga es el horror, sí. La realidad también, frecuentemente. Si os encontráis en las calles de los «ghettos» negros o portorriqueños evadidos-aún-en-la-prisión, la mirada ausente, la sonrisa fija, mirad alrededor. Comprenderéis por qué. Pero si es el suave manto de bruma de la marihuana lo que han extendido sobre la mugre, sobre la miseria y la suciedad de sus vidas, me apetece emplear otra palabra que no sea «droga». Los toxicólogos americanos hablan de «soft drugs» y «hard drugs»: «drogas suaves» y «drogas duras». Tienen razón. Pero dos palabras diferentes serían mejor aún.

Que la marihuana sea prohibida y castigada con las mismas penas que las «verdaderas» drogas conviene a los intereses de la policía americana. Cuando la policía no sabe cómo agarrar a un militante negro que comienza a molestar al gobierno, cuando quiere investigar a un dirigente estudiantil que se está haciendo demasiado popular, cuando quiere retirar de la circulación a un joven que tiene las ideas y los cabellos demasiado largos, tres motas de polvo de marihuana en el fondo de un bolsillo, un cigarrillo en un cajón son un verdadero momio. Y basta con menos.

Por esto, las cifras de la Oficina de Narcóticos del Departamento del Tesoro americano sobre los drogados en los Estados Unidos, las estadísticas de la policía y la justicia son inutilizables. Se habla de «drogados», pero este término engloba tantas cosas diferentes, como si se agruparan bajo la denominación general de afección pulmonar una bronquitis, un catarro, una tuberculosis y un cáncer de pulmón.

Pero el cáncer de la droga está ahí, en los Estados Unidos; horroroso. Cáncer injertado sobre otro cáncer, el de los «slums», el de los «ghettos», el de la segregación. Es en los barrios negros o portorriqueños, en esos perímetros de la degradación —se pasa, sin transición, del rascacielos de bronce y cristal a la chabola, de los almacenes de lujo a los descampados, de la opulencia resplandeciente a la fría desnudez—, donde son más

Una parte de la juventud americana intenta escapar del infierno real viviendo un paraíso artificial.



numerosos los drogados, los vendedores de droga con más clientes, los estragos de los infiernos artificiales más terribles.

En Nueva York, todos los días, en el número 100 de Center Street, tiene su sede, de diez de la mañana a una de la madrugada, la Criminal Court. Todos los delincuentes o criminales detenidos durante la jornada en Nueva York comparecen obligatoriamente, el mismo día, ante un juez. Todo inculcado es presunto inocente, según la ley americana. Por lo tanto, tiene derecho a ser puesto en libertad bajo fianza, y la detención preventiva debería ser la excepción. En la práctica, es un poco diferente: Si el juez fija en 500 ó 5.000 dólares la fianza de un pobre, éste permanecerá en prisión. Durante toda la jornada, la Criminal Court ve desfilar las prostitutas y los chulos, los rateros y los ladrones, los agresores nocturnos de la calle, los tipos que abusan de las mujeres en la calle. También los drogados.

Cocaína, heroína, las palabras usadas en exceso son verdaderas en este caso: «infiernos». Infiernos cuyos círculos viciosos se anudan como nudos de serpientes venenosas. El drogado comienza muy suavemente, sin importancia; se intoxica, tiene necesidad de dosis cada vez más fuertes y cada vez de más dinero. El drogado rico, el drogado de lujo, el hijo de familia, se destruyen y se aruinan. El drogado pobre tiene necesidad, a toda costa, de los diez, de los veinte, de los treinta dólares cotidianos para la droga. Si no los tiene, los encuentra. Da un golpe, la cartera o el bolso de mano, o un «drugstore» a la hora en que el almacén está vacío; entra con un revólver en la mano y reclama el dinero de la caja, y cuando el ladrón se ha escapado, no hay más que telefonar al 911, el nuevo número de la policía, el número de teléfono de New York para el cual hay más publicidad, tanta que en un año las llamadas han pasado de 12.000 por día a 18.000.

América no es una excepción a la regla universal: cuando los hombres no se sienten a gusto dentro de su piel, «se lían la manta a la cabeza» como pueden. El néctar, la ambrosía, la coca, el mate, el vodka, la «tele», el tabaco, el whisky; los opios del pueblo son la cosa mejor distribuida del mundo.

Humor negro de la Historia: los pueblos colonizadores han trabajado duro para curar a los pueblos menos «avanzados» de sus drogas familiares, para impedir a los indios que mascasen la coca o comiesen el peyote, para obligar a cañonazos a los chinos a consumir el opio, para obligar a tiros de fusil a los indios norteamericanos a ingerir el «agua

de fuego». Para imponer sus venenos en lugar de los venenos indígenas —en general, menos «nocivos»—. Beneficio doble: se saca dinero de las nuevas drogas que se reparten. Y se desembaraza de los indígenas, que caen como moscas. El alcohol ha terminado la tarea del coronel Kit Carson, liquidando a los indios que no habían sido exterminados por los fusiles de sus soldados.

Pero los pueblos colonizadores se despiertan una buena mañana. Y he aquí que sus hijos se han convertido en negros blancos, asiáticos blancos, pieles rojas blancas, primitivos blancos. Los hijos de los hombres de negocios, de los banqueros de Wall Street, de los generales del Pentágono, miran con estupor esta «tribu» que les dice: «¡Fastidiaros!». Los negros, los indios, los portorriqueños, los pobres blancos de los Apalaches, los «sharecroppers» del Sur miran asombrados a los hijos de la burguesía blanca que les ha reducido a «jugar» a ser pobres, sucios, pacíficos. Y «drogados».

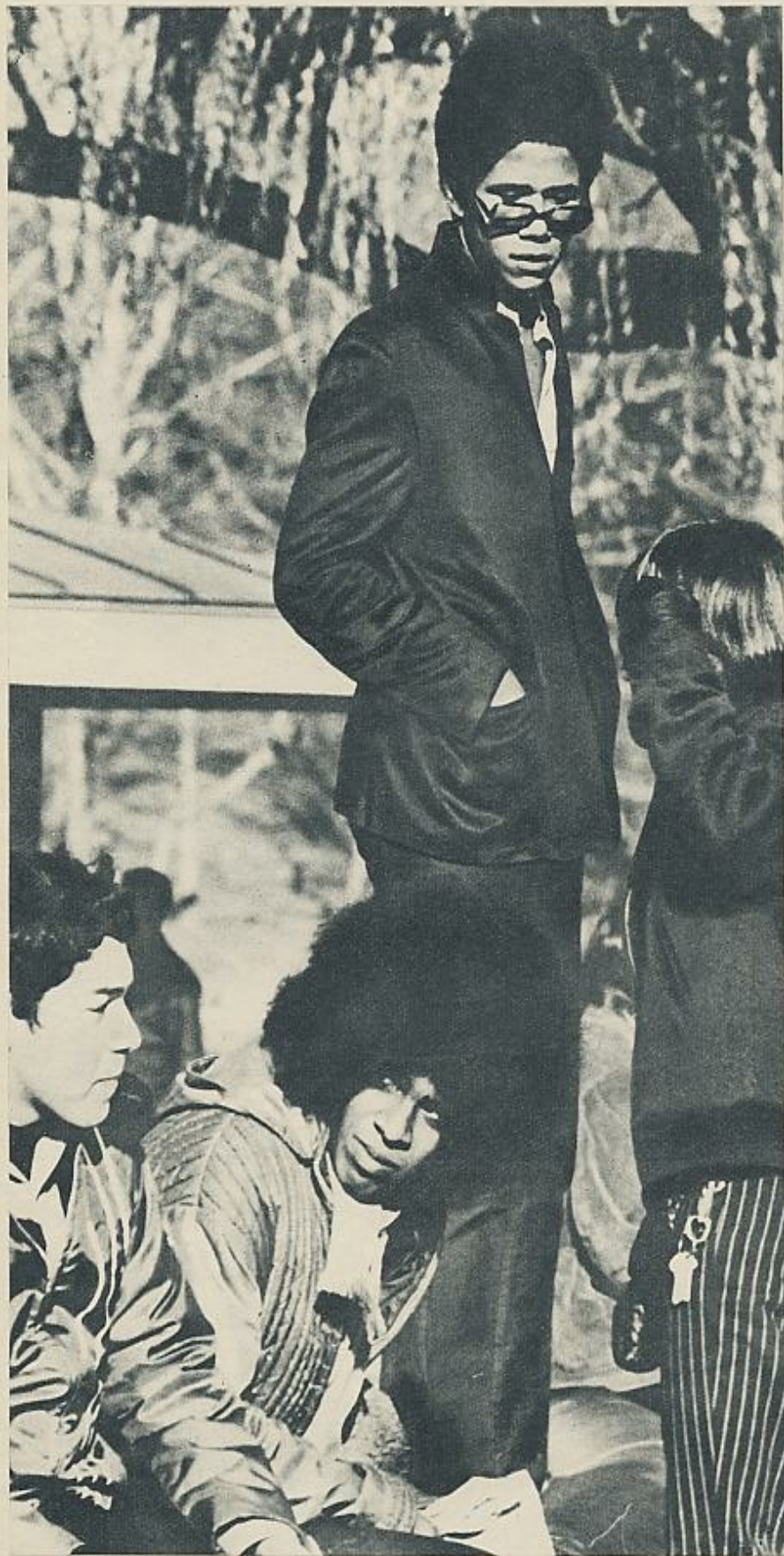
No se trata de probar nada, pero en el país de la competición, de la concurrencia, de la lucha por la vida, de la violencia, de la agresión permanente, cotidiana, el país donde las palabras que más se oyen son: «To make it», «Triunfar», donde Wall Street, la criminalidad y el Vietnam son efectivamente reductibles a un denominador común: camino sobre el vientre de quien sea, pero «I make it», «Yo triunfo», hay ahora un movimiento de masas de jóvenes que no quieren de ninguna manera «make it», cuyo ideal es ser «beats», abiertos, tranquilos, extáticos. Drogados, si queréis. En los «vaps»: los «vapores» del rock, de la hierba, de la piel desnuda al sol, de la gentileza —un poco bobalicona—, de la suavidad, del no hacer nada...

He visto en América miles de jóvenes que han nacido con refrigeradores, coches, televisores, los hijos de lo que se llama la sociedad de consumo, y que no son más que los hijos de la sociedad-de-producción-a-toda-costa. Y que quieren vivir con las manos desnudas, las manos vacías, importándoles un bledo todo. He visto también miles de negros, de portorriqueños, de pobres mejicanos, de blancos sin un céntimo, que quieren vivir mejor. Los primeros son no violentos, pacifistas, hinduistas, indianizantes, zen. Los segundos son violentos, furiosos, están armados, «Black Muslims» o «Black Panthers», marxistas, maofistas, radicales. En el Estado fascistoide del gobernador Reagan, en California, entre los «polis» y los «Black Panthers», los «Squad Forces» y los estudiantes, las patrullas de policías y los negros, es la guerra permanente de la calle. Si un muchacho negro corre por la calle, el agente dispara. Se pregunta al muchacho: «¿Por qué corrías?». «He visto un «poli», he tenido miedo». Al agente: «¿Por qué ha disparado?». «He visto a un negrito que corría. He pensado que había robado algo».

La no violencia no es más que una mitad de la América subversiva, protestataria, «contestataria». Pero la América no violenta, fumadora de marihuana y anárquico-rousseauiana, es la «complementaria» de la América rabiosa, rebelde. Los pobres quieren su parte de la famosa «prosperidad». Los vástagos de los ricos quieren vivir otra vida distinta a la del refrigerador lleno, a la de la cuenta corriente llena, a la del estómago lleno y a la de la vida vacía.

No se trata de ser el abogado defensor de la marihuana. Y a la pregunta de qué diría yo si mi hijo apareciese ante mí con un cigarrillo de «pot», respondo que si apareciese ante mí con heroína, cocaína u opio, estaría desesperado. Si me confiara que hacía «viajes» con el LSD, me sentiría angustiado y le diría: «Ten cuidado, es terriblemente peligroso. Por un experimentador de genio, como Henri Michaux, conozco cien ruinas de

el paraíso artificial



Los jóvenes norteamericanos que han nacido con refrigeradores, coches, televisores... quieren vivir con las manos desnudas, vacías, importándoles un bledo todo.

drogados, diez personas destrozadas por la experiencia del D., vaciados o sumergidos por la droga o el ácido, devastados, débiles».

Pero la marihuana es, según mi experiencia del cannabis en América, en Túnez, según todos los observadores metódicos y serios, médicos o sociólogos de la sociedad americana, un producto bastante menos peligroso que el alcohol o el tabaco. Un producto que tiene el inconveniente evidente, si se usa con exceso, de volvernos totalmente inactivos, perezosos, no ambiciosos, no activos. No embrutece más que el exceso de alcohol o la resaca, menos fuerte que una noche entera fumando tabaco. Suave hasta la ensañación. Demasiado suave, demasiado abandonado, demasiado fluido, sí. Pero quizá sean un gran bien esos «demasiados». Para la juventud americana es una reacción fabulosa y benéfica contra la trepidación, la emulación, la «concurrencia», la agresividad, la brutalidad, la violencia, que son el azote número uno de la sociedad de producción. Para no importa quién, es una desconexión que puede resultar bienhechora, calmante, relajadora.

Oigamos al doctor Eugene Schoenfeld, de San Francisco: «Por mucho que los científicos hayan estudiado la cuestión, la marihuana es menos nefasta que el alcohol, y debería ser sometida exactamente a los mismos reglamentos».

Existen los argumentos consabidos: sí, se comienza por el «inofensivo» cigarrillo y se acaba por el «speed», la morfina, la heroína, las «drogas duras», cuyos efectos devastadores se han anotado más arriba. Hay una escalada de la droga, un apetito interior del «cada-vez-más-fuerte» en el joven que comienza por tener placer en sentirse «tight» con la hierba que sólo contiene un 4 ó 5 por ciento de tetrahidrocannabinol, y busca en seguida las «sensaciones más fuertes» del ácido, de la anfetamina o de la heroína.

Si la marihuana fuera prohibida por la policía, ocurriría lo que está a punto de pasar en Nueva York y en Berkeley: la mafia controla metódicamente la venta de la hierba: ayudada por la brigada de estupefacientes, sustituye los envíos de marihuana por drogas verdaderamente duras. Pero si la marihuana estuviese legalizada, no habría más «escalada» en los fumadores de hierba que la que hay en los fumadores de cigarrillos o en los aficionados a los vinos de mesa. Los compradores de este veneno cancerígeno no se convierten en su mayoría en fumadores de opio. El francés o el americano es bastante aficionado al alcohol, pero el que tiene la costumbre de tomar copas no quiere decir que tenga que convertirse forzosamente en bebedor de éter. Afortunadamente.

Acepto la apuesta de que de aquí a diez años los Estados Unidos habrán abolido la «prohibición» de la marihuana, como abolieron, hacia 1930, la del alcohol. Y puede esperarse que sustituirá al alcohol, que hace mal, y al tabaco que produce el cáncer.

Me diréis que lo mejor sería que los hombres pudieran prescindir de paraísos artificiales o imaginarios. De acuerdo. Pero entonces, que se les libre de los infiernos reales de la sociedad actual, tal como es. Pero esta es otra historia.

Una parte de la juventud americana, la mayoría de los oprimidos de América y por América, han intentado empezar a escribir esta otra historia. A vivirla. Nada se ha conseguido aún. Puede haber mañana dos, tres, diez Vietnam. O dos, tres, diez gobernadores Reagan en los cincuenta Estados. O dos, tres, diez Berkeley, Watts o Detroit en los Estados Unidos. Pero lo peor ya no es seguro. Y lo mejor puede triunfar. ■ Fotos: PEDRO A. MARTINEZ-PARRA.